**LA NIÑEZ II.**

Selecciones de la Serie de Agni Yoga

Presentado ante la Sociedad de Agni Yoga, 10 de Febrero de 2004.

1. A veces uno puede notar miradas extrañas y fugaces en los niños, como si vieran algo inexplicable. Algunas veces pueden hablar de un fuego, de estrellas, o de chispas. Por supuesto, los adultos generalmente se lo atribuyen a la enfermedad o a la estupidez, pero se le debe prestar atención a esta clase de niños. Como es sabido, los niños más pequeños pueden ver imágenes astrales con facilidad y, es más, especialmente los sensitivos pueden hasta ver los fuegos del espacio. Esos organismos se deberían observar cuidadosamente desde su niñez. Esté convencido de que en éstos residen las promesas del Agni Yoga, y si se dejan en ambientes puros, lograrán libremente estas promesas de una forma ejemplar. Sobre todo, no se deben contaminar sus mentes con ideas externas, ni se debe inculcar en ellos el miedo a lo desconocido.

 Hemos hablado suficiente sobre la importancia urgente del Agni Yoga, y por supuesto los organismos sensitivos se deben preparar no para la exhibición, sino para la vida real, como guías sobre el camino predestinado.

 Para una madre estas observaciones no son difíciles; ella sólo tiene que saber qué y por qué está observando. No estoy hablando de la indulgencia peligrosa, sino de la evaluación correcta. El observador evalúa las habilidades del niño discretamente, ofreciendo impresiones de guía casuales en apariencia. Se puede notar cuán gozosamente los ojos de un niño se abren cuando sus movimientos y exclamaciones sobre las cosas que más aman se apoyan con amor. La burla es el peor educador. La sensibilidad revela un grado de cultura. Uno no puede hacer Agni Yoguis, uno sólo puede develar el camino para éstos; la manifestación cósmica no permite ningún forcejeo. Pero cuando la flor del fuego haya florecido, no obstruya. Agni Yoga, 457.

1. Las condiciones de los centros nerviosos de los niños deberían estudiarse. Se sabe que en todo niño estos centros se desarrollan de forma desigual e individual. En algunos niños, puede haber un centro sumamente desarrollado que puede impulsar acciones espontáneas iguales a las de un adulto.

 En ocasiones algunos centros provocan enfermedades, para asombro de los médicos, pues éstos no consideran buscar la evidencia en los centros nerviosos de un niño. Sin embargo, de acuerdo a las señales de enfermedad y otros síntomas inusuales, uno puede juzgar la verdadera condición del cuerpo y la calidad del espíritu. ¡Cuánto bien podría surgir de estas observaciones! Cuántas posibilidades podrían protegerse, permitiendo así el desarrollo de la energía psíquica en el niño.

 Para los espíritus viejos que han experimentado muchas encarnaciones, el período después del séptimo año es bastante difícil, y el de después de los catorce aún más. A los catorce años la energía psíquica ya ha entrado en acción. El espíritu ya se ha desprendido de sus existencias anteriores, y la carga del nuevo camino desconocido lo abruma. Las posibilidades acumuladas provocan una ansiedad vaga, y el núcleo se esfuerza por regresar a las condiciones en que había más oportunidades para que la conciencia actuara libremente.

 El cuidado adecuado de los centros nerviosos de los niños es una necesidad para el futuro. Ha existido una opinión errónea en cuanto a que el espíritu no puede dominar pronto su cuerpo nuevo y que ésta es la razón de las tonterías de los niños. Pero en realidad, cuando los centros no trabajan correctamente, los depósitos de la energía psíquica no se producen, y el espíritu no tiene substancia a través de la cual manifestarse.

 El cuidado de los centros nerviosos de los niños se puede considerar como que se trata del cuidado de la raza futura. Agni Yoga, 539.

1. La acumulación nerviosa con frecuencia es el resultado de sobrellenar el Cáliz cuando sus acumulaciones no se usan conscientemente. Los niños pueden padecer de esto, lo que indica que sus experiencias anteriores eran considerables. Por supuesto, el cuidado atento y la atención tranquila balancearán la lucha entre el cuerpo y el espíritu. La garganta, los dientes, y los ojos pueden también recordar la lucha de las acumulaciones sin manifestar. Del mismo modo, uno debe prestar atención a lo que se puede llamar consumo, el cual también puede provocarse mediante el centro del Cáliz. Agni Yoga, 573.
2. …. Es asombroso lo fácil que la ciencia se permite estrechas limitaciones y responde a aquello de lo que es ignorante. Algunas veces los niños dicen, de forma más correcta, “Yo no sé.” Una franca ausencia de conocimiento es considerada como conducente a las Puertas al Saber. Corazón, 417.
3. Están bien las discusiones acerca de la educación de los niños y niñas, pero también en estos casos se descuida el asunto del corazón, en tanto que la manifestación de los latidos del corazón está muy cercana a ellos. En realidad es muy fácil hablarles a los niños sobre el tesoro del corazón. Yo considero que esta historia permanecerá como el primer ascenso, para toda nuestra vida. Corazón, 575.
4. Tú ya sabes de la importancia del trigésimo año para las manifestaciones ardientes, pero uno debería cuidar el organismo de manera especial hasta el séptimo año. En los niños, hasta en el más altamente desarrollado, uno nunca debería forzar la naturaleza – el Fuego no tolera la compulsión. Uno debería saber cómo abrir la puerta, pero toda coerción puede causar un daño irreparable. Por otro lado, uno no debería facilitar inmoderadamente el esfuerzo de los niños, ya que la ayuda excesiva crea personas sin carácter. Mundo Ardiente I, 19.
5. La alegría y el valor son indispensables, pero estas cualidades no se crean sin Fuego. La razón puede privar de toda alegría y así cerrar las puertas del futuro. Sin embargo, una perspectiva ardiente del mundo no cae del cielo, se la debe descubrir. Este método de descubrimiento debe empezar en la niñez. Nosotros vemos como los niños ya aceptan interiormente las tareas más difíciles del espíritu. Aun todos los impedimentos puestos por sus mayores sirven únicamente para cristalizar su conocimiento-directo. Mundo Ardiente I, 56.
6. “¡Yo, Yo, Yo!” grita el niño, reacio a permitirles a los adultos que intervengan en sus asuntos. Hasta la edad de siete años, ¿no recuerdan la mente y el corazón por momentos el pacto del logro independiente en la Tierra? Más tarde los sabios recuerdos empiezan a disminuir y con frecuencia hasta se invierten. “¡Déjenlos, altos y bajos, que trabajen para mí!” Así habla el hombre que ha olvidado el auto-perfeccionamiento. Mas el infante recuerda y defiende su independencia. Cuando otro niño dice, “¿Cómo puedo hacer para ponerme en camino?” él está listo para nuevas experiencias y conquistas del espíritu. Pero no es suficiente que los niños pronuncien esas palabras – estas deben ser notadas y apreciadas. La atención ardiente debería registrar estas llamadas y promesas del Mundo Ardiente. Un niño pequeño afirma, “Al fin he nacido.” En esta afirmación de esfuerzo por encarnarse se pone en evidencia el Mundo Sutil. Uno puede citar muchos ejemplos cuando no sólo niños pequeños sino incluso niños recién nacidos pronuncian inesperadamente palabras de enorme importancia para luego volver a su estado normal. Uno debe desarrollar una memoria ardientemente manifestada y un gran desvelo por lo que nos rodea. Así uno reúne una información muy valiosa. Mundo Ardiente I, 264.
7. Si nosotros recordáramos las diferentes evidencias de perspicacia en los niños, se nos haría muy difícil insistir en una teoría celular mecanicista. Es sólo con el pasar de los años que la gente pierde la percepción del pasado así como de su destino. ¡Con qué frecuencia los adultos han sido salvados por los niños! ¡Con qué frecuencia los niños no se han atrevido a expresar sus sentimientos! Una falsa timidez es creada por las cosas horribles que suceden alrededor. Un espíritu exaltado y refinado crece entumecido ante las llagas supurantes de los prejuicios. ¡Con cuánta frecuencia los adultos prohíben cualquier improvisación, olvidando que esta es la canción del espíritu! Aun si la técnica es imperfecta, ¡cuántas semillas maravillosas pueden plantarse con esa expresión del corazón! Mundo Ardiente I, 267.
8. Uno debería hablar del Mundo Ardiente aun a los niños más pequeños. Pero primero uno debería decirles que el vacío no existe y que no existe la soledad. Así uno puede empezar a hablar del tema sobre el Protector y Guía. Los niños se acostumbrarán al pensamiento que nada es secreto. Semejante fundamento les proveerá con una real protección contra el miedo. Es especialmente dañino cuando los padres, por su ignorancia, tratan de convencer a sus hijos que no tengan temor porque allí no hay nada. Semejante semilla de negación puede obscurecer la vida entera del niño o de la niña y hacer que su conciencia colapse. El niño está totalmente consciente que en todas partes algo existe. Este ve muchas imágenes, incluso imágenes ardientes. Este es visitado por niños desconocidos que llegan para jugar y por adultos. Médicos ignorantes tratarán de ahogar esta percepción en bromuro – que es como juntar alas con plomo. ¡Pero el veneno no ayuda! Sólo una explicación sensible de la realidad le permitirá al niño ser saludable. Uno debería escuchar atentamente cada fragmento de la verdad. El lama dice, “Uno debería orar cada día, de otra manera es mejor no orar para nada.” Y fundamentalmente tú sabes que esto es así. En realidad, uno debería conservar las vibraciones elevadas sin perder el ritmo que conecta. Tú sabes del valor del trabajo constantemente rítmico. Tú sabes hasta que punto este esfuerzo abre los Portales. Mundo Ardiente I, 379.
9. Es difícil volverse de la Tierra al Mundo Ardiente. Pero es igualmente difícil aproximarse a las esferas terrenales desde el Mundo Sutil. Esas zambullidas podrían compararse al trabajo de los buzos. Así como el buzo debe usar un traje pesado para poder resistir la presión del océano, así mismo, aquel que se aproxima a la tierra debe también envainarse en un cuerpo denso. El estado del niño o niña recién nacidos es sabiamente diseñado ya que este puede así gradualmente asumir las cargas de la Tierra. Se necesita de más de un período de siete años para dominar la existencia terrenal. Por lo tanto, uno debería proteger a los niños muy cuidadosamente. Mundo Ardiente I, 338.
10. Con frecuencia los niños y niñas manifiestan un pensamiento mejor sobre el Mundo Ardiente. Trata de alentarlos en esa forma de pensar, mientras enseñas una comprensión sutil, ya que de otra manera uno podría alejarlos o uno impondría su propia convicción personal. Deja que los niños saquen sus propias conclusiones de su cofre de tesoros; este siempre está listo para revelar los detalles más vitales. La ciencia puede obtener información valiosa de los niños y niñas; es tan poco el uso que se hace de ellos. Y la gente los abusa, al ser incapaces de comprender todo el daño que causan por ese rudo comportamiento. Mundo Ardiente II, 174.
11. …. El Cáliz contiene las acumulaciones de los siglos que se han reunido alrededor de la semilla del espíritu. Es necesario aceptar la afirmación del Cáliz como un gran símbolo de la vida cotidiana. Tanto a los niños como a los jóvenes se les debería enseñar a pensar en el Cáliz. Deberíamos entender toda la diversidad de formas de este gran símbolo, El Cáliz. Mundo Ardiente III, 49.
12. Acostumbren a los niños a percibir las corrientes de la calidez dadora-de-vida. Ayuden a los niños a sonreír con alegría ante la verdadera manifestación de la Existencia. Aléjenlos del culto a los fantasmas. La ficción no es necesaria cuando el Mundo revela su maravillosa estructura. Así, todo el espacio está lleno con los rayos de los asombrosos Mundos. Mundo Ardiente III, 479.
13. La Enseñanza puede ser asimilada extraordinariamente rápida por los niños, siempre y cuando se hayan observado las peculiaridades propias del niño o de la niña. Los niños recuerdan de manera extensa aquello que ha sido absorbido anteriormente y es especialmente útil, si en lugar de nuevos conocimientos los niños son ayudados a recordar lo que ya ha sido implantado en ellos. De esta manera, después será más fácil absorber nuevos conocimientos, más uno debe estar atento. Hermandad, 276.